



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## LA PARTICIPACIÓN, ELEMENTO VITAL EN LA INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL

**Rosa Inés Gómez Loaiza**

Representante estudiantil Facultad de Psicología  
FUNLAM

La participación activa es eje articulador y carta de navegación de la intervención psicosocial, porque ubica al sujeto en calidad de agente y le da un lugar en la construcción social, es decir, que involucra a las personas en aspectos de la vida que son de interés colectivo, viendo a los integrantes de la comunidad no como objetos receptores de lo que aporta el profesional, sino que desde un proceso dialéctico se posicionan como sujetos activos de esa interrelación que genera nuevas perspectivas de vida y transformación social, convirtiendo al sujeto en protagonista de su propio destino. El Interaccionismo Simbólico concibe al ser humano:

“como un agente social activo que interpreta la realidad simbólica en la que vive y traza planes de acción, individuales y colectivos que opera cambios de dicha realidad. No es un objeto pasivo sobre el que la realidad actúa, sino un “agente” activo que interactúa con la realidad simbólica en la que habita y la transforma”. (Blumer, 1981).

Desde esta perspectiva el profesional de la Salud Mental está llamado a mirar al sujeto no como un objeto receptor, sino como un

agente que se autodetermina y que desde sus potencialidades construye y transforma su realidad social.

La situación social que vive actualmente nuestro país de violencia, desplazamiento forzoso, resquebrajamiento del tejido social, individualismo y exclusión, es un desafío para los profesionales de la Salud Mental a enfocar la intervención psicosocial desde el ámbito comunitario, que a través de la participación permita al sujeto sentirse miembro activo y en construcción permanente.

Florentino Moreno en el capítulo *Criterios para la intervención con menores víctimas de la guerra*, acentúa la importancia de la participación en la intervención comunitaria:

“La participación social, el sentirse miembro de una comunidad, el sentirse apoyado, el sentir que tienes un esfuerzo comunitario, social, político, religioso, es una forma de parar muchos golpes, de dar sentido a las adversidades” (Fernández y Millares, 2000: p. 127).

Además la participación activa posibilita el desarrollo de las capacidades, requiere responsabilidades, favorece procesos de organización, creatividad e innovación donde los sujetos se reconocen como actores y autores, asumiendo su responsabilidad y descubriendo sus propias necesidades.

Para Maritza Montero la participación “es una relación de mutua transformación: el participante construye y modifica al objeto o hecho en el cual participa, y por el hecho de hacerlo, es también transformado” (1.966), relación que trasciende el acto de estar en algo, porque contempla a los sujetos como actores, como parte de algo, les otorga identidad, sentido de pertenencia. Para Jesús Guerra Ibáñez, SDB, (2003) “el sentido de pertenencia implica ser de, estar con, participar en, estar abierto a... Conlleva a conjugar la vida con verbos como tomar parte, colaborar, contribuir, compartir, intervenir. Forma parte de la dinámica

propia del movimiento al que se pertenece el adherirse a sus Iniciativas y proyectos poniendo el propio granito de arena en su realización”.

Cuando este sentido está bien cimentado en todos, se da una riqueza recíproca, porque cada uno se interesa por el conjunto y aporta lo que está de su parte para enriquecerlo y activar su vitalidad, al mismo tiempo que es enriquecido por lo que recibe del grupo. A su vez se promueve aspectos como cooperación, responsabilidad, solidaridad, comunicación y autonomía, entre otros.

Estanislao Zuleta, citado por Luz Marina Lara, en la definición de participación aporta tres elementos de gran importancia para esta reflexión: “Participar es, ser capaz de pensar por sí mismo, ponerse en el lugar de los demás y ser consecuente” (Lara y Ocampo, 2002, p. 214). Valores que hoy más que nunca revisten una importancia vital en un contexto como el nuestro, en el que la intolerancia tanto privada como pública se evidencia en la falta de convivencia y manejo de las diferencias con los demás.

De igual manera las pautas de crianza de muchas familias no educan en la capacidad de ponerse en el lugar de los demás y se promueven formas de agresión social. Por lo tanto, los proyectos de intervención psicosocial deben suscribirse en la búsqueda constante de estrategias que favorezcan y potencialicen la participación de los sujetos como actores sociales y gestores de cambio, donde se promueva el crecimiento individual y la inclusión como elementos vitales en la reconstrucción de tejido social y forma constructiva de dirimir los conflictos.

De acuerdo con María Elvira Domínguez (1998).

“El camino hacia la participación real y democrática debe involucrar todas las esferas de la acción como ciudadanos y ciudadanas. En primer

lugar se deben propiciar cambios sensibles en las formas como asumimos la participación en los diferentes espacios de socialización: la familia, la escuela, el trabajo, la comunidad, etc. Para ello debemos contribuir a la gestión de relaciones sociales que promuevan el desarrollo de personalidades democráticas en las generaciones presentes y futuras”.

A través de estos planteamientos vale la pena cuestionarnos como profesionales y como estudiantes sobre el valor que le estamos atribuyendo a la participación tanto en las intervenciones comunitarias como en los procesos formativos. Si desde las mayas curriculares se está promoviendo y privilegiando la participación estudiantil, y si como estudiantes estamos asumiendo un rol protagónico en nuestros procesos formativos, o nos ubicamos desde el rol de sujetos receptores.

La participación estudiantil es el espacio privilegiado para consolidar y fortalecer escenarios de construcción conjunta, generar acciones sustentables, crear consensos para actuar, incluir, reconocer al otro, definir problemas comunes, potencializar el liderazgo, fortalecer la capacidad de escucha, análisis crítico, empoderamiento, desarrollo de habilidades sociales.

“La participación estudiantil es en sí misma la vida universitaria. Es la interacción de los estudiantes con los estudiantes, los docentes, los empleados, el entorno, el conocimiento, las diferentes alternativas culturales, recreativas, deportivas y sociales que se dan en el espacio universitario, se refiere entonces, al estilo de vida asumido por los estudiantes en la Universidad y que se relaciona con otros contextos como la familia, los amigos, el trabajo”.

(<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/tesis/kandel.pdf>)

Cuando el estudiante asume una actitud pasiva frente a su proceso formativo, se limita a repetir más que a producir, generándose en la educación un proceso antagónico a las vivencias individuales de cada persona, por no ser el estudiante gestor y autor de su propia

formación. A través de la participación activa en los procesos formativos, el estudiante asume un rol protagónico en su formación y desde la reflexión crítica y argumentativa contribuye a la transformación de su realidad estudiantil.

“La participación, para convertirse en instrumento de desarrollo, empoderamiento y equidad social, debe ser significativa y auténtica, involucrar a todos los actores, diferenciando pero sincronizando sus roles, y darse en los diversos ámbitos y dimensiones de lo educativo: desde el aula de clase hasta la política educativa, dentro de la educación escolar y también de la extra-escolar, en los aspectos administrativos y también en los relacionados con la enseñanza y el aprendizaje, a nivel local así como a nivel nacional y global. Esto implica el estudio, la definición y puesta en marcha de una estrategia de participación social imbricada dentro de la propia política educativa, y ella misma acordada participativamente, a fin de delimitar con claridad roles responsabilidades de cada uno de los actores y asegurar las condiciones y los mecanismos para hacer efectiva dicha participación”.  
(<http://tariacuri.crefal.edu.mx/decisio/d17/sab2-3.php>).

La participación activa de los estudiantes en todos los procesos educativos articula la universidad con la realidad psicosocial; abre nuevas perspectivas de desarrollo y proyección, genera competencias de liderazgo, trabajo en equipo, cooperación, sentido de pertenencia, y motivación que como factor intrínseco mueve al sujeto a actuar e interactuar de manera armónica, dinámica y creativa.

Peter Senge en su libro quinta disciplina en el capítulo dame una palanca y moveré el mundo, introduce la importancia que tiene el trabajo en equipo:

“El aprendizaje en equipo es vital porque la unidad fundamental de aprendizaje en las organizaciones modernas no es el individuo sino el equipo (...) aquí es donde la llanta muerde el cambio: si los equipos no aprenden la organización no puede aprender”. (1994: 20).

Es en el escenario universitario, donde el futuro profesional pone a prueba su capacidad de trabajo en equipo, liderazgo, inclusión y participación.

Para concluir, quiero formular algunos interrogantes que sirvan como insumos de reflexión.

¿Desde las instancias administrativas y mayas curriculares se promueve la participación estudiantil?

¿Desde nuestro rol estudiantil nos asumimos como actores y autores de nuestro proceso formativo?

¿En nuestra intervención percibimos a las personas como objetos receptores, o como actores propositivos?

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVARO, José Luís. (1995). *Psicología Social. Perspectivas Teóricas y Metodológicas*. Madrid. Siglo XXI.

BERGER, P., LUCKMANN. (1986).T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

CRESPO, Eduardo. (1995). *Introducción a la Psicología Social*. Madrid. Editorial Universitas.

LARA, Luz Marina et al. (2002). *Comunidad, participación y convivencia*. Bogotá, Colombia. Universidad Santo Tomás.

MONTERO, M. (2003). *Teoría y Práctica de la Psicología Comunitaria*. Ed. Paidós. Buenos Aires Argentina.

MONTERO, M. (2004). Introducción a la Psicología Comunitaria. Edi. Paidós. Buenos Aires Argentina.

MORENO, Florentino. (2000).Criterios para la intervención psicológica con menores víctimas de la guerra. En FÉRNANDEZ, JM y MIRALLES, Fátima. Sin lugar para ser Humano. España. Ed. Universidad Comillas.

SENGE, Peter, (1994). La Quinta disciplina. Editorial Granica. Buenos Aires, Argentina.